



PERIÓDICO CRISTIANO.

AÑO IV.

VIERNES 15 DE NOVIEMBRE DE 1872.

NÚM. 113.

LA LUZ.

Bellas eran todas las alegorías por medio de las cuales Jesucristo exponía algún pensamiento ó alguna enseñanza á los que le escuchaban; pero ninguna es tan sencilla y tan tierna al propio tiempo como la del buen pastor que guarda cuidadosamente sus ovejas. El carácter de estos animales tímidos y medrosos de suyo, presta á Jesús los elementos de esta bellísima parábola. Los fariseos le escuchan. Soberbios siempre, preguntan á Jesús que acaba de dar vista á un ciego: «¿Pues qué, nosotros somos también ciegos?» El Mesías había dicho: «Yo vine á este mundo para juicio, para que vean los que no ven, y los que ven sean hechos ciegos.» De este diálogo toma pretexto el Señor para explicar la diferencia que hay entre los buenos y malos conductores espirituales.

El pueblo de Dios está en el mundo, como el retil en el campo. Aquí reposan las ovejas, y allí los hijos del Señor. El que penetra en el aprisco asaltando la muralla, porque hay que advertir que en el Oriente, por la noche, las ovejas penetraban en un aprisco rodeado de un muro, es un ladrón. El pastor verdadero penetra siempre por la puerta. La puerta es Jesucristo mismo. El verdadero pastor no tiene dificultad alguna en llegar á las ovejas, como Jesús no la tiene en llegar á sus propios hijos. El portero le abre la puerta. En el Oriente un pastor inferior guardaba la puerta, y de ahí nace este detalle de la parábola. Las ovejas son los miembros vivos de la Iglesia, los verdaderos discípulos del Señor. Hay relaciones íntimas entre el pastor y las ovejas. El pastor las llama por sus nombres, los pastores de la



EL RICO DE LA PARÁBOLA Y LÁZARO.

Judea daban un nombre á cada oveja. Las acaricia, las cuida, las ama. Sale el rebaño del aprisco, y él va tras él velándole. Llama á una, y ella le responde amorosamente, imagen de la comunión íntima que debe haber entre el cristiano y Cristo; las ovejas siguen al pastor siempre donde quiera que las lleva. ¿Viene un mal pastor y se entremete en el rebaño? Las ovejas le aban-

donan y le dejan solo; es un extranjero que va á llevarlas al mal. Quesnel dice: «Un pastor que ha entrado por la puerta en el ministerio, es decir, por Jesucristo, debe tener siempre esta verdad en su corazón; que él no es la puerta de las ovejas, sino Jesús, y que por Jesús han entrado las ovejas en la Iglesia y han adquirido la gracia de la fé,» palabras que deben tener siempre presentes los que se dediquen á la predicación de la Palabra.

El mal pastor quiere seducir á las ovejas por su talento, con su elocuencia, con sus buenas palabras; pero las ovejas se congregan en torno del bueno y no escuchan á aquel. Lo que distingue esencialmente al buen pastor, es su abnegación, su caridad. El sabe renunciar á su vida, á sus bienes, á todo, porque no se pierda una de sus ovejas: hace todos los sacrificios imaginables por arrancarlas de la perdición. El pastor mercenario cuida de las ovejas por interés, por su salario: tales eran los conductores de Israel, los fariseos; el dueño de las ovejas lo hace todo por el amor que las tiene. Ocurre un peligro, el mercenario huye y cuida ante todo de salvar su vida: el dueño las defiende hasta morir si es preciso. Jesucristo ama á sus hijos, los conoce, los llama por sus nombres, los defiende y da la vida por ellos. «Y yo doy mi vida por mis ovejas.» Este sacrificio, esta

muerte expiatoria, aumentará considerablemente el número de sus ovejas. Parece que Jesucristo dirige una mirada al fondo de los tiempos y considera el número de fieles que se han de unir á su doctrina. Cesarán las disidencias; cesarán las divisiones y vendrá el tiempo en que no habrá más que una sola oveja y un solo pastor. Aquel será un día dichoso. Todos los cris-

tianos obedecerán al único Pastor, al Buen Pastor por excelencia, á Jesucristo.

Todas las parábolas se distinguen por su sencillez verdaderamente divina, por su gracia infantil, si pudiéramos expresarnos de esta suerte; pero pocas hay de tanta enseñanza como la presente: «Yo soy el Buen Pastor y conozco mis ovejas, y las mías me conocen.» Podemos nosotros decir en verdad, «¿yo conozco al Buen Pastor?»

COSAS PERECEDERAS Y COSAS ETERNAS.

En cierta ocasion el Senado de Roma discernió los honores del triunfo á un general ilustre. Coronado de laureles y acompañado de todos sus hijos iba el general romano en su soberbio carro triunfal, llevando á sus espaldas á un hombre que sostenia suspendida sobre su cabeza una rica corona de costosas joyas. Numerosas bandas de música iban delante del carro tocando alegres canciones, y tambien le precedian las víctimas adornadas para el sacrificio, los prisioneros hechos en la batalla, los oficiales de justicia y los soldados que tantas veces habian sido guiados á la victoria por su querido general. Muchos creian que aquel mortal afortunado habia llegado á la cumbre de su ambicion, y en particular lo pensaba un cortesano que al lado de un príncipe formaba parte del brillante cortejo.

¿Qué le falta á ese hombre? le preguntó.

¿Qué le falta? respondió el príncipe. Pues le falta que todo eso dure.

El príncipe tenia razon. El tiempo echó su manto de olvido sobre la fiesta, faltóle la duracion para que hubiese sido completa.

¡Ah! la inestabilidad de las cosas humanas es un pensamiento triste para aquellos que nada esperan más allá de la tumba.

El poderoso cardenal Mazarino, el ministro de Luis XIV, creia haber realizado sus sueños de ambicion cuando su médico Guenard le anunció que solo le quedaban dos meses de vida.

Triste, el cardenal arrojó una profunda mirada sobre su magnífica galería de pinturas y dijo á su intendente que se hallaba á su lado: ¡Mira aquel Correggio! ¡Repara en esta Venus del Ticiano! ¡Contempla aquel incomparable diluvio de Caracci! ¡Ay amigo mio! me es preciso renunciar á todo esto. ¡Adios mis queridas pinturas que tanto amé! ¡Guenard lo ha dicho! ¡Guenard lo ha dicho!

Esta es la verdad de las cosas terrenas, ninguna dura.

La juventud no subsiste. El color desaparece de las mejillas, el brillo de los ojos se apaga, los miembros pierden su elasticidad, la vejez se aproxima y con la vejez la muerte.

Los placeres no duran. Que sean placeres de pecado ó placeres lícitos, no son más que por un corto tiempo.

Los amigos se separan de nosotros voluntariamente ó por la fuerza de las circunstancias.

La vida no es eterna. Todos deben medirse con el último enemigo y sucumbir en la lucha. En esa guerra no se dá cuartel. No tenemos aquí ciudad permanente; las cosas de la tierra son todas ellas temporales.

Pero gracias á Dios que ha puesto á nuestro alcance cosas que duran, cosas que son eternas.

La salvacion dura; la salvacion es eterna. El Evangelio que la anuncia es el *Evangelio*

eterno, y los méritos que Jesús hizo con sus sacrificios nunca jamás tendrán fin. Él es el mismo hoy, ayer y por la eternidad, y ni faltará á sus promesas ni dejará de ser infinitamente poderoso para salvar.

La amistad de Jesús es eterna. Su amor no disminuye ni se apartará de nosotros. La distancia y el tiempo son impotentes para destruirlo; Jesús está con los suyos hasta la consumacion de los siglos, y como prenda de su amor eterno y de su constante presencia les dá su Santo Espíritu, eterno como Él. De su amor se ha escrito: «que habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo, amólos hasta el fin.» «¿Quién, pregunta el apóstol Pablo con acento triunfal, quién nos apartará del amor de Cristo? ¿Tribulacion, ó angustia, ó persecucion, ó hambre, ó desnudez, ó peligro, ó cuchillo? Por lo cual estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo bajo, ni ninguna criatura nos podrá apartar del amor de Dios que es en Cristo Jesús, Señor Nuestro. (Romanos, viii, 35, 38, 39.)

Los gozes de la salvacion son eternos, á diferencia de los del pecado, que son por breve tiempo. El corazon creyente se regocija en el Señor, en la vejez y en la juventud, en la riqueza y en la pobreza, en la tristeza y en la alegría, en la soledad como en la muerte.

El cielo es eterno. Las cosas invisibles son eternas. El apóstol Pablo lo llama «una ciudad no hecha de mano de hombres,» y el apóstol Pedro «una herencia incorruptible.» El Señor Jesús mismo declara que la vida que Él dá es «vida eterna.» En el cielo las cosas duran para siempre, la seguridad no será nunca invadida por la incertidumbre.

Todo esto, querido lector, es tuyo, la salvacion, el amor de Jesús, los deleites de la salvacion, el cielo, la vida eterna.

¿Preguntas cómo se obtiene? Creyendo en Jesús; su sangre limpia de todo pecado y el Santo Espíritu que Él dá á todos los que aceptan con el corazon su sacrificio, renueva el alma y la hace apta para el reino de los cielos. Acude á Jesús con arrepentimiento y con fé, que Él te espera en este mismo instante para darte la vida eterna.

DOCTRINA EVANGÉLICA PRIMITIVA.

§. III.—CULTO VERDADERO.

El verdadero culto á Dios no está sujeto á fórmula. Es el reconocimiento espontáneo de su poder omnipotente, la expresion de nuestros sentimientos de gratitud por sus promesas, la sumision obediente á sus mandatos, y la fé viva en nuestra salvacion por los méritos de su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

¿Cómo retribuir al Señor todos los beneficios espirituales y temporales por Él recibidos? Tomando la copa de la salud é invocando su nombre, cumpliendo mis votos ante todos los fieles, (Salmo cxvi, vers. 11, 12, 13) á fin de que viendo todas las obras del Señor en favor de su Iglesia, conozcan cuánto es lo que estima y aprecia la vida de sus siervos. Temed á ese Dios terrible cuando le olvideis, en cuya mano está la muerte y la vida de los poderosos; que con solo un movimiento de sus ojos, hace estremecer á todos los reyes de la tierra y que si toca los montes humean. Mostrad arrepentimiento de vuestras faltas, pedid la divina gracia para no cometer otras, y ofreced un sacrificio espiritual de alabanza, que es el fruto de los labios que confiesan su nombre.

La oracion es un acto del entendimiento que pasa

del corazon á la boca. Debe ser corta y fervorosa. Por Jesús se recomienda la dictada por Él, conocida en todo el cristianismo por la oracion dominical, del modo y forma que se expresa en el Evangelio de San Mateo, cap. vi, versículos desde el 5 hasta el 13. El cristiano debe ser perseverante en el orar. «Pedid y se os dará, buscad y hallareis, llamad y se os abrirá, porque todo aquel que pide recibe, y el que busca halla, y al que llama se le abrirá.» (San Mateo, vii, vers. 7 al 11.) Es necesario orar siempre y tener fé y no desanimarse. La súplica fervorosa y humilde vence la resistencia del Juez. Tened confianza en Dios. Maldito el hombre que confía en el hombre y retira el corazon de su Dios. «Bienaventurado aquel que solo en Dios pone su esperanza; será como el árbol que es trasplantado cerca de las aguas, que prenden sus raíces en la humedad y cuyas hojas reverdecerán aún en tiempo de sequedad.» (Jeremias, xvii, vers. 8.)

Dios quiere ser adorado en espíritu y verdad en todo tiempo, en todo lugar. El Dios que hizo el universo y todas las cosas que hay en él, no mora en sitio determinado. El templo de Dios está en todas partes. «El cielo es mi trono, dice el Señor, y la tierra el estrado de mis pies: ¿qué casa me edificareis, ó cuál es el lugar de mi reposo?» (Isaías, lxvi, vers. 1.—Actos de los Apóstoles, vii, vers. 48 y 49.—xvii, vers. 24.) Los cielos de los cielos no bastan á contener la divinidad, cuanto más un templo edificado por hombres.

No obstante esta gran verdad, la conveniencia y necesidad de la congregacion de los fieles que residen en las poblaciones para orar en comun, oír la Palabra Divina y recibir los Sacramentos, ha hecho que se establezcan parajes determinados, donde los pastores y ministros del Evangelio predicán y dirigen el culto cristiano, segun la mision que han recibido de Dios, que siendo dado igualmente á todos es igual la potestad en todos.

Es un pernicioso abuso la celebracion de los divinos oficios en un idioma desconocido á la mayoría de los concurrentes. En la primitiva Iglesia, fué general costumbre y exacta observacion tributar el culto en lenguaje que todos entendian. Lo que se hizo en los primeros tiempos se debe hacer ahora, y no hay razon alguna que pueda autorizar el uso contrario, que prueba la arbitrariedad con que el ritual romano lo ha trastornado todo. Cualquiera idioma es bueno en una plegaria individual; pero cuando el pueblo se congrega, bien sea en templo ó en reunion particular, el uso de la palabra en una lengua extranjera é incomprensible, es un contrasentido que inutiliza la oracion ó la predicacion. La Santa Escritura se expresa sobre este particular de una manera terminante. (Isaías, xxviii, vers. 9, 10 y 11. San Pablo, 1.^a á los Corintios, xiv, versículos 7, 8, 9, 14, 15, 16, 17 y 21.) Para que la oracion sea perfecta, se requiere inteligencia y deseo de lo que se pide; de otro modo no es oracion.

La invocacion de los santos que finaron es vanidad. Así, pues, la veneracion que sola debemos á la memoria de los que verdaderamente hayan sido santos, es consagrada á sus virtudes cuando estaban con nosotros en la tierra, ofreciéndonos un modelo de santidad y purificacion durante su vida. (Epístola á los Filipenses, iii, ver. 17. Apocalipsis, xiv, ver. 13.)

Esto es lo que creemos respecto á aquellos santos varones, que en los primitivos tiempos del cristianismo merecieron la aureola de la santificacion, y cuya humildad sobre la tierra les sirvió de medida comparativa á su grandeza en el cielo; pero de temer es que posteriormente el falso rumor de una vida evangélica no se haya considerado como verdadero, entretejiéndose coronas que debieran ser arrancadas de la frente del supuesto santo, apóstol ó mártir.

No podemos prescindir de tratar del culto que se tributa por la Iglesia de Roma á la Virgen María, en oposicion al texto de las Santas Escrituras. Una señora tan llena de virtudes que merece la admiracion de los cristianos, carece, sin embargo, de los atributos, perfecciones y cualidades que autoricen á apellidarla *Reina de los cielos, Reina y Madre de misericordia, Intercesora poderosísima, Dispensadora de la Divina gracia*, cuyos títulos la prodigan los sectarios de Roma, sin que puedan citar un solo capitulo, un solo pasaje, un solo versículo de la Sagrada Escritura, donde se re-

velen ni vislumbre siquiera un poder que únicamente pertenece á su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, en toda su plenitud.

Las prácticas de la vida humana en los negocios de la tierra, no pueden ni deben aplicarse á la impetración del favor Divino. En el mundo se buscan hombres de influencia y de relaciones que intercedan con los príncipes ó los poderosos para el logro de nuestras pretensiones mundanales. En el cielo tenemos á Nuestro Padre Omnipotente que nos conoce á todos y atiende á nuestras necesidades, por la sola intercesión de su Hijo, sin escepcion de personas, todas igualmente participes de la divina gracia.

En el culto evangélico no puede admitirse el ayuno como precepto, ni la diferencia de días, ni la abstinencia de ciertos manjares. El ayuno voluntario es permitido acompañado de humildad, sin hipocresía. (San Mateo vi, vers. 16) para castigar al cuerpo escaseándole los medios de robustecer la carne. Aun así, de nada sirve el ayuno, si no se purifica el corazón. El que Dios acepta como verdadero está comprendido en el capítulo LVIII de Isaías, vers. 4 hasta el 7.

Todos los días ordenados por Dios son iguales y santos para hacer el bien, sin ninguna distinción. El domingo, día de la Resurrección del Señor, ha sustituido al sábado en cuyo día Dios descansó después de la creación, destinado exclusivamente para reunirse los fieles en sitios donde se celebre el culto en horas marcadas por los pastores, y empleando el resto del día en el recogimiento y la meditación, suspendiendo todo trabajo material. Conviene, sin embargo, advertir que si esto lo exige el orden y la disciplina de la Iglesia cristiana, no hay mandamiento expreso en la Escritura, antes bien deja á la libertad evangélica el trabajo del obrero, bajo la responsabilidad de su conciencia de que dará cuenta en su día. (Gálatas, v, vers. 13. San Pedro, ii, vers. 16.)

Esta misma libertad se extiende á los manjares que en ciertos días prohíbe la Iglesia de Roma. Todas las viandas son limpias y permitidas á los fieles que pueden usar de ellas indiferentemente todos los días y tiempos, con pura conciencia y hacimiento de gracias. (Tito, i, vers. 15.—1.^a Timoteo, iv, vers. 4.) La ley de Moisés vedó algunas viandas como está escrito en el Levítico y en el Deuteronomio, por razones aplicables á aquel pueblo, pero de ninguna manera á nosotros que somos cristianos, y por la muerte de Cristo libres de aquella obligación. (1.^a Corint. x, vers. 25, 26 y 27.) No lo que entra por la boca inficiona y ensucia al hombre, sino lo que sale de la boca. (Mateo, xv, vers. 10 y 11.) Repetimos otra vez que la libertad no sea causa de escándalo, abusando también de la comida y de la bebida y dando mal ejemplo de moderación cristiana. El reino de Dios no consiste en el comer ni en el beber, sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo. (Rom. xiv, vers. 17.)

Hemos manifestado los principales caracteres del verdadero culto. En el siguiente párrafo trataremos de los demás errores introducidos por la Iglesia de Roma, que falsean las Santas Escrituras.

ROMA PAGANA.

Entre los males de que á veces puede adolecer la religión, es indudable que el más dañoso de todos es el formalismo, ó sea la tendencia natural al corazón humano de sustituir á los sentimientos y á las virtudes que Dios ordena, el simulacro de esos mismos sentimientos y virtudes por medio de ceremonias. Ciertamente es que esas ceremonias nada tendrían de reprehensibles si fueran siempre la expresión verdadera de nuestro amor y de nuestra obediencia para con el Señor; mas es preciso confesar que las más de las veces son muestras engañosas de lo que hay en lo más profundo del alma, son la corteza que cubre al árbol despojado de savia, ó la capa brillante que oculta la miseria y la desnudez; cuerpo bello, si se quiere, pero cuerpo sin alma. Ese formalismo había invadido al mundo por completo cuando Jesucristo vino para enseñar á los hombres que Dios es espíritu, y que es menester que los que le adoran le adoren en espíritu y en verdad. La religión cristiana tiende á destruir ese formalismo para

sustituirle con una piedad viva y sincera, y esa misma tendencia es una prueba más de su origen celestial. Esa prueba es la que intentaremos dar en estas líneas. Citemos á este fin algunos hechos que han quedado consignados entre las prácticas religiosas observadas por los paganos, oponiendo á ellas los preceptos del Evangelio, y resaltará de este contraste para todo lector sincero la evidencia no solamente de que la religión pagana es falsa y engañadora, sino que también, y muy especialmente, de que la religión de Jesucristo es verdadera y divina.

Sin describir extensa y minuciosamente lo que era el paganismo en todas las partes del mundo en tiempo de la venida del Salvador, nos limitaremos á relatar lo que fueron sus costumbres y sus prácticas en Roma, la capital del mundo por entonces. Todo lo que vayamos alegando, lo probaremos con las obras de autores, bien sean paganos ó cristianos de aquella misma época. No haremos más que reproducir lo que se encuentra en sus escritos, y para que pueda el lector comprobarlos por sí mismo si á bien lo tiene, indicaremos muy cuidadosamente los nombres de los escritores y de las obras que hemos de citar. Ni una sola palabra será de nuestra invención; todo, absolutamente todo, lo sacaremos de fuentes ciertas é imparciales, de lo que podrá asegurarse cada cual comprobando por sí mismo nuestras citas.

El paganismo reinaba casi solo por el año 857 de Roma en esta capital del mundo, y apenas se encontraban algunos cristianos en medio de su inmensa población. La desmoralización más completa estaba unida á la idolatría más grosera, y lo que parecerá extraño, cuanto más inmorales eran los pueblos, tanto más apegados estaban á sus ceremonias religiosas. Esta singularidad es, sin embargo, inteligible para el hombre que conoce un poco el corazón humano.

Escuchando la voz de nuestra conciencia que establece una distinción clara entre el vicio y la virtud, y viendo á todos los pueblos conocidos adorar á una divinidad y esperar en el porvenir, no puede racionalmente ponerse en duda que el sentimiento religioso no sea natural en el hombre, y que no le haya sido dado por el Creador de todas las cosas.

Todo hombre tiene por lo menos el deseo de seguir la virtud; pero como se siente incapaz de realizarla porque sus pasiones, á pesar de sí mismo, le impelen en sentido contrario, en la penosa alternativa de vencer sus inclinaciones ó de ir al encuentro del castigo divino, principiará por ceder á sus pasiones, después de lo cual intentará borrar su falta y recobrar el favor de su Dios por medio de una reparación que sea de su invención. Hé ahí lo que puede conjeturarse que había de suceder y que ha sucedido efectivamente. Sintiendo culpable, el hombre ofreció á su Dios sacrificios de frutos ó de animales; después renunció á sus conveniencias, á su bienestar y hasta á su salud, sometiendo á ayunos, á sufrimientos y aun á maceraciones; y cumplido todo eso, volvió á entregarse á sus pasiones, persuadido de que sus sacrificios le habían rescatado de las tremendas consecuencias de la violación de sus deberes. De la invención de unos ritos para borrar sus pecados, al invento de prácticas para suplir virtudes que le faltaban, no hay sino un solo paso, y dar ese paso le era muy fácil y conveniente.

El hombre pensaba que el Dios que había aceptado la muerte de un toro en lugar de su propia muerte, podría aceptar también palabras de amor en vez de amor, muestras exteriores de adoración en vez de la adoración verdadera, rezo de los labios en vez de las oraciones del corazón; y como todas estas ceremonias tenían alguna analogía con los sentimientos de que habían sido la expresión en otros tiempos, el hombre, aprovechándose de esas afinidades, tuvo cada día por de más valor el acto ceremonial, estimando cada vez menos el sentimiento interior. Era esto un pacto entre la pasión y la conciencia; la pasión condenaba la forma; la conciencia vedaba el fondo, y de tal modo marcharon las dos de acuerdo.

Tal fué muy probablemente la marcha seguida por el corazón humano para llegar al formalismo que hallamos establecido entre los paganos de Roma en la época en que apareció el cristianismo para reformar el mundo. Pero preciso es dar algunos pormenores.

DE LOS SUMOS PONTÍFICES.

A la cabeza del clero pagano, y bajo el nombre de Sumo Pontífice, (1) estaba colocado el jefe visible de la religión. Ese Sumo Pontífice, como nos lo dice Virgilio, (2) tomaba aún hasta el nombre de Dios. Estamos, sin embargo, dispuestos á pensar que no pretendía ser Dios, sino solamente el representante del Dios del cielo, cuyo nombre era Júpiter entre los romanos, y Papa entre los litios. (3) Este pretendido lugarteniente de la Divinidad en la tierra, también usurpaba su autoridad, reinando cual rey, cobrando impuestos de los sacerdotes inferiores y del pueblo, y sosteniendo que le incumbía recibir pruebas de respeto que mucho se asemejaban á una adoración verdadera.

Era poco exigir que se pusieran de rodillas en el camino por donde pasaba; llegó aún hasta el punto de hacerse besar los pies por los que á él se acercaban. Nos cita la historia á Heliogábalo y á Calígula que fueron emperadores y Pontífices á un mismo tiempo, es decir, que ejercieron en Roma el doble poder de lo temporal y de lo espiritual. (4)

Mas con el fin de dar una idea más justa de lo que eran aquellos Pontífices romanos, traduciremos literalmente un pasaje que encontramos en un autor de aquel tiempo. «Los Sumos Pontífices ejercen una autoridad soberana sobre todos los negocios, puesto que juzgan los pleitos correspondientes á asuntos sagrados, tanto entre personas privadas como entre magistrados y ministros de los dioses, establecen nuevas leyes según que gustan cuando no se encuentran que estén escritas, é inspeccionan á todos los sacerdotes y generalmente á todos los que tienen cargos en las ceremonias y los sacrificios de los dioses. También vigilan á los otros que tienen empleos inferiores, con el fin de que nada se haga en contra de las ceremonias sagradas.»

Existen además intérpretes y profetas que el pueblo consulta acerca del culto de los dioses y de los santos; y si los Pontífices reparan que no obedecen todos á su mandato, que no se hallan entregados á su merced, los castigan según su buen placer; pero en cuanto á sí mismos, no están sometidos al juicio de nadie, son independientes y no tienen que dar cuenta ni al senado ni al pueblo. Cuando uno de ellos fallece se pone á otro en su lugar, elegido no por el pueblo, sino por el Sacro Colegio. (5)

¡A cuantos abusos espantosos se prestaba aquella lata autoridad de los Pontífices, de los cuales tan á menudo se han quejado los príncipes y los pueblos que gemían bajo el yugo de su tiranía! Por eso se debe considerar como un señalado beneficio de Dios la venida de Jesucristo al mundo en aquella época, puesto que notificó á los hombres que la religión y la política tienen que estar apartadas por completo, y que los representantes de Aquel que está en el cielo deben buscar las cosas celestes y no las de la tierra: «Dad á César lo que es de César, y lo que es de Dios á Dios.» (6) Cuando el pueblo quiso hacerle rey, Él se escondió á su vista, (7) y cuando Pilato le preguntó: ¿eres tú rey? El respondió con aquellas palabras memorables tan á propósito para hacer reflexionar á los sacerdotes y á los Pontífices paganos de aquel tiempo: «Mi reino no es de este mundo.» (8) Los primeros apóstoles siguieron el ejemplo de su Divino Maestro, y las enseñanzas de San Pablo y de San Pedro consignadas en el Evangelio, vinieron á tiempo para condenar los abusos del poder de los Sumos Pontífices y de su clero: «Yo ruego á los ancianos, dice San Pedro, (yo anciano también con ellos) apacentad la manada de Cristo, teniendo cuidado de ella, no por fuerza, mas voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino de un ánimo pronto; y no como teniendo señoría sobre las herencias del Señor, sino de tal manera que seáis dechados de la manada.» (9)

(1) Alejandro de Alejandro, Genial, lib. II, extracto de Tito Livio y de Plutarco.

(2) Virgilio, primera égloga á Augusto.

(3) Herodoto, lib. IV.

(4) Tito Livio, lib. IX.—Cicero de leg., lib. I.—Tito Livio, xxx.—Suetonio in Claudio.

(5) Denis de Halicarnaso. Antigüedades romanas, lib. II.

(6) Luc. XX, 25.

(7) Juan VI, 15.

(8) Juan VIII, 36.

(9) 1.^a Pedro, v, 1-3.

Cuando se ha leído esto, todo hombre de buena fe, convendrá, según nuestro parecer, en que lejos de autorizar el despotismo sacerdotal, el cristianismo verdadero puso un freno al poder arbitrario de los sacerdotes, y que la distribución de la Biblia en donde están consignados estos principios, era lo mejor que había que hacer para alumbrar al pueblo y libertarle de la tiranía pagana del Sumo Pontífice de Roma.

LOS PREDICADORES.

II.

Un pastor cristiano que ha escrito sobre esta materia, divide, y la división nos parece bastante fundada, en cuatro especies á los predicadores: predicadores de *pretestos*, de *testos*, sin *testo* y del *testo*. Esto necesita explicación.

Llama predicadores de *pretestos*, á aquellos que pastores ó laicos, después de su conversión nada han aprendido. Tenían un fondo mayor ó menor de ideas y de esperiencias y no han progresado, antes bien han olvidado algunas por efecto de su desaplicación. Lo que hacen es dar vueltas sobre sus ideas, machacar sobre ellas, aburrir á su auditorio presentándoselas un día y otro deduciendo siempre las mismas consecuencias y presentándoselas siempre bajo las mismas fases. Estos hombres no conocen la Biblia ni sienten la necesidad de conocerla. Cuando llega la hora de la predicación acuden á las Escrituras, escogen un versículo cualquiera, y éste, más que de *testo*, les sirve de *pretesto* para exponer por centésima vez las mismas ideas y las mismas vulgaridades. La Escritura para ellos no es más que un arsenal de *pretestos* para repetirse y para llenar, hablando, media hora ó tres cuartos de hora. Por desgracia, hay entre nosotros algunos predicadores de esta suerte: se duermen sobre sus laureles y olvidan que la Palabra de Dios debe ser estudiada y profundizada, acompañando este estudio con una continua oración. Si así sucediera, no se verían desiertas muchas iglesias. El predicador de *pretestos* es un mal predicador, y debe dar cuenta á Dios de la poca diligencia que emplea en su ministerio.

El predicador de *testos* no cumple, á nuestro entender, con su ministerio. Llama el pastor arriba citado, predicador de *testos*, á aquel que no hace más que citar uno y de aquel vá á otro, y este le sujiere otro tercero, y de esta suerte zurce su predicación. Dicen algunos que la mejor predicación sería un cosido, por decirlo así, de palabras bíblicas, en el que todo lo que apareciese proviniera de Dios y no del hombre. No somos de ese parecer. En el Renacimiento los doctos de aquel tiempo escribían en latín, y los que querían escribir buen latín zurcían sus frases tomando esta de Plauto, aquella de Tito Livio, la otra de Cicerón, aquella de Virgilio, y acontecía que no habiendo una palabra ni una frase que no fuera de un clásico, el latín que resultaba era el más detestable del mundo. Aquí no puede suceder esto del todo, porque al fin las palabras bíblicas son siempre palabras divinas, pero hay algo del ejemplo anterior. Si este zurcido de palabras bíblicas bastara, entonces no habría necesidad de hablar de predicación ni de predicadores; con leer á un público reunido, dos, tres ó diez capítulos de la Biblia, estaría todo concluido, y esto no basta. El uno es torpe de inteligencia y necesita que aquello que ha oído se le explique, se le comente, se le amplíe y se deduzcan consecuencias que él no sabe deducir: el otro encuentra en cualquier frase de la predicación, que nada dice, por ejem-

plo, á un tercero, un rayo de luz divina que le descubre una verdad envuelta para él todavía en mil oscuridades. El que no haga más que hilvanar testos delante de su auditorio, pocos resultados espirituales obtendrá. Esto es tener la Biblia sin el Espíritu, como dicen muy bien un cristiano. Esto es devorar la Biblia, pero no digerirla, como añade otro. El exceso de celo pierde y trae las mismas malas consecuencias que la falta de él. El que supiera de memoria toda la Biblia, no habría adelantado nada si ella no había vivificado su corazón. Creyendo que es bueno suprimir la palabra del hombre y no dejar más que la de Dios, se cae en el mismo error que creyendo que es bueno dejar aparecer más las palabras del hombre que la de Dios. Ni lo uno ni lo otro. La palabra de Dios como base, y la del hombre como comentario, eso es lo que debe hacerse. El que habla á sus hermanos debe poseer en su corazón aquellas cosas que les dice, por lo que la predicación puede decirse que no es más que la palabra y la inspiración divinas, pasando á través de los labios y del alma de un hombre.

OCHENTA AÑOS DE LUCHA.

IV.

La nobleza no desistía. Algunos jóvenes de ella que mantenían secretas relaciones con los protestantes franceses, suizos y alemanes, decidieron confederarse y morir antes que tolerar que en su patria se estableciese la Inquisición, protestando que lo hacían por el mejor servicio de Dios y del rey. Este fué el origen del *Compromiso de Breda*, compromiso que en poco tiempo contó centenares de firmas de los nobles de aquellas comarcas.

El día 2 de Abril de 1566 entraron en Bruselas el conde Luis de Nassau, hermano del de Orange, y Bredeode, el más ardiente de los conjurados. Traían consigo doscientos ginetes, cada uno de ellos con un par de pistoletas en el arzon de su silla. El día 3 entraron los condes Vanden Berghe y Calemborg con ciento cincuenta ginetes. Habían decidido los nobles dirigir á la princesa regente una especie de memorial para que le expidiera á su hermano, con objeto de que se revocaran los edictos. En efecto, presentáronsele en número de trescientos caballeros y leyéronsele á su presencia. La princesa pidió tiempo para contestar. Barlaymont fué el que se opuso más tenazmente á las peticiones de los confederados. Estos se habían presentado en la Audiencia sin insignia alguna, y como esto chocase á Margarita, Barlaymont la dijo: Señora, es que no son sino unos pobres mendigos. «*Ce ne sont que de gueux.*» Y no se contentó con esto, sino que al verlos desfilando desde la ventana del palacio, dijo otra vez: «¡He ahí nuestros mendigos! ¡Con qué bravura desfilan!» Este sarcasmo debía llegar á ser inmortal. Bredeode al salir de la Audiencia había oído el epíteto y le expuso en el primer banquete que tuvieron los conferados. El sarcasmo les hizo gracia y le adoptaron como una divisa. Su grito fué desde entonces: ¡Vivan los mendigos! ¡*Vivent les gueux!* Adoptaron un tosco traje gris, una alforja de cuero y una escudilla de madera colgada de la cintura, é hicieron de este traje de mendigos un traje de campaña.

La buena y sabia Margarita seguía rogando al rey que accediera á la abolición de los edictos y de la Inquisición, y seguía ocultando al pueblo y á la nobleza las contestaciones de Felipe II. Nuevos nobles se unían á los confederados: la actitud del de Orange iba siendo más hostil cada vez: los nobles se reunían otra vez en Termonde, y su comportamiento ya no dejaba duda de lo que estaban dispuestos á hacer si se persistía en sostener los edictos y la Inquisición. Se publicó un edicto llamado de *la moderación*; pero el pueblo, siempre burlón, le llamó de *la morderación*, es decir, de la muerte. En la escitación producida por aquel estado anormal de cosas, tintoreros, sombrereros, frailes escapados de los conventos,

toda clase de gentes formaban un corro y se ponían á predicar. Se preludiaban aquellas reuniones del desierto que habían de tener durante las dragonadas los hugonotes franceses. El día 5 de Junio de 1566 Ambrosio Wille, que había estudiado en Ginebra bajo los auspicios de Calvino, predicó á las once de la noche cerca de Tournay, en el puente de Ennouvillie, un sermón á más de seis mil personas. Peregrin de la Grange, dos días más tarde, predicó á diez mil. Se iba al sermón con arcabuz y pica y se fortificaba el campo en donde iba á tener lugar la predicación. Era cosa de defenderse contra una brutal agresión que podía llegar de un momento á otro. Ambrosio Wille, cuya cabeza estaba puesta á precio, subió el 7 de Julio al púlpito escoltado por más de cien caballeros.

Para que pueda conocerse completamente la actitud característica de estos momentos de la revolución de Flandes, copiaremos el trozo en que el historiador Motley describe la primer reunión de este género que tuvo lugar en Harlem: «El pueblo, dice, estaba transportado de entusiasmo: las autoridades mismas no tenían miedo: los habitantes de los campos penetraban á millares en la ciudad. Las otras ciudades estaban desiertas, pero en Harlem no cabía la gente. Durante la noche la multitud acampó sobre el lugar en que al día siguiente iba á tener lugar la predicación. Los magistrados habían determinado tener cerradas hasta una hora mayor que la de costumbre las puertas de la ciudad; pero no sirvió de nada. Barras y cerrojos eran bien poca cosa para gentes que habían andado á pie ó á caballo muchas leguas para escuchar un sermón. Saltaron los muros, pasaron á nado los fosos y llegaron al lugar de la predicación, mucho antes que estuvieran abiertas las puertas. Cuando ya no se pudo tenerlas cerradas sin empeñar una lucha para la cual los magistrados no estaban preparados, la población entera se precipitó fuera de la ciudad como empujada por una fuerza desconocida. Diez mil hombres se apiñaban en el lugar en que iba á escucharse el sermón. La asamblea estaba perfectamente ordenada. Las mujeres, cuyo número era considerable, estaban colocadas cerca de la cátedra, que en esta ocasión consistía en dos palos clavados en el suelo y unidos por un travesaño contra el que el predicador podía apoyar la espalda. El servicio comenzó por un salmo entonado por toda aquella inmensa multitud. Los versos de Clemente Marot, acabados de traducir por Dathenus, eran entonces nuevos y populares. Cantados en una lengua ruda, pero enérgica, su lengua materna, por masas, que aprendían entonces por primera vez, que la poesía y el entusiasmo religioso no estaban completamente sepultados en la mortaja de una larga muerte, ni encerrados en el recinto de una iglesia, las estrofas del poeta cortesano jamás habían producido un efecto más grandioso. Jamás las notas del famoso órgano de la antigua catedral habían despertado emociones tan sublimes como las que despertaban aquellas diez mil voces humanas resonando en medio de estensas praderas en una hermosa mañana de estío. Cuando terminó el canto el pastor se levantó; era un hombre delgado y pequeño más apto al parecer para que el sol ardiente de Julio le fundiera, que para tener encadenada á la multitud durante cuatro horas consecutivas, bajo el encanto de su palabra. Había tomado por texto los vers. 8, 9 y 10 del segundo capítulo de la Epístola á los Efesios, y mientras que el débil monje enajenaba á sus oscuros oyentes, hablándoles de la gracia de Dios y de la fe en Jesús, descendido de lo alto para salvar á los más humildes y á los más abandonados, siempre que hubiesen confiado en Él, los que le escuchaban prorumpían unas veces en entusiastas aplausos ó derramaban otras veces lágrimas abundantísimas. Oró por los hombres de todas condiciones, por ellos mismos, por sus amigos, por sus enemigos, por el gobierno que les perseguía, por el rey cuya cólera para con ellos era tan grande. En ciertos momentos, si se ha de creer á un testigo ocular, no había ojos que no llorasen. Cuando el ministro hubo concluido abandonó apresuradamente su rebaño porque tenía aún que viajar durante toda la noche para llegar á Alkmaar, donde al día siguiente debía predicar.»

Entrados á saco los templos católicos; destruidas las imágenes; sometidas á fuerza de armas algunas ciudades; despobladas las más, debía pensar Felipe acabar de una vez estos días de turbulencia, y lo pensó en

efecto. Decidió mandar un ejército á las órdenes del duque de Alba, para acabar aquella sangrienta rebelión. Era el duque de Alba militar de talento, feroz como pocos y diplomático nulo. Embarcóse en Cartajena con sus tropas y desembarcó en Génova. Dividió su ejército en cuatro tercios, y fué adelantándose lentamente por entre selvas impenetrables. La Francia y la Suiza estaban inquietas, y sus ejércitos observaban al del duque. Este ejército iba á ser el golpe de gracia de la herejía flamenca. La princesa Margarita había sujetado al Henao, á Bravante, á Holanda y á Frisia; había impuesto severos castigos; había restablecido la paz y la autoridad real; había exigido un nuevo juramento á los nobles; había reedificado los templos arruinados y restablecido el culto católico. Poco quedaba que hacer. A la desdicha de aquel pueblo mártir de la libertad de conciencia faltaba un verdugo, y el verdugo que venía era de los más terribles. Llegó por fin á Bruselas el 22 de Agosto de 1567. La matanza debía empezar al momento.

A. SANCHEZ DEL REAL.

LOS VALDENSES.

(Continuación.)

Dos años después de la reunión de Angrogue, volvió á comenzar la persecución en la Provenza; primero á instigación de varios obispos y en el Piamonte después á petición del arzobispo de Turin. El señor de Rocheplatte, que vivía en las inmediaciones de los valles de los valdenses, y que por tanto conocía bien sus personas y sus viviendas, fué el encargado esta vez de esterminarlos. Presentóse en la Provenza y allí asistió á los interrogatorios, obtuvo copia de las declaraciones de los acusados y se informó, en una palabra, perfectamente de lo que pasaba en los valles del Piamonte para empezar su horrible tarea. Vuelto al Piamonte se dió á los inquisidores listas de los herejes y empezóse á proceder contra ellos. Reunió una tropa escogida que no bajaba de cinco mil hombres, y penetró en el valle de Angrogue. Los valdenses se retiraron á los desfiladeros y á las encrucijadas y allí hicieron detener al de Rocheplatte y aun le arrebataron parte del botín de que les había despojado. A mas el invasor encontró otros obstáculos y tuvo que llevar la guerra á los otros valles y dejar libre el de Angrogue. Llenó de inocentes su castillo de Mirandol, la inquisición de Turin y el convento y las prisiones de Pignerol. Los inquisidores iban juzgándolos y quemándolos. Un valdense, una vez en el suplicio, pidió dos piedras y empezó á frotarlas fuertemente una contra otra, y como la multitud se admirase de aquel acto singular, él dijo: «Pensais con vuestras persecuciones abolir nuestras iglesias; pero no será para vosotros esa empresa más fácil, que para mí destruir estas piedras ó tragármelas.»

Motivos políticos hicieron detener esta persecución. Francisco I de Francia alegaba derechos al ducado de Milan; pero los valdenses sabían demasiado que en cuanto á sus creencias religiosas lo propio podían esperar del duque de Saboya que del rey de Francia. Cabalmente uno de sus pastores llamado Martin Gorien, fué preso en el Delfinado por entonces al tornar de Suiza. Se le acusó de ser un expia piamontés; pero el Parlamento no encontrando pruebas de ello, le declaró inocente, y ya iba á ser puesto en libertad, cuando el carcelero encontró en sus vestidos una carta que hablaba de religion. De nuevo fué procesado, y probándosele que era hereje, fué condenado á morir ahogado en el río Isese. La ocupación francesa en nada alivió la suerte de los valdenses. El año de 1534 se decretaron nuevas persecuciones y se condenó á aquellos obstinados herejes á una destrucción general, á perder vidas y haciendas y á ser arrasadas sus casas. La Provenza fué testigo de nuevas y sangrientas escenas. Nada valió la intervención del gobernador del Piamonte, que manifestó que los valdenses eran buenos, honrados y probos; nada la intervención de sus correligionarios los suizos, á quienes Francisco I contestó que no se metieran en negocios ajenos. Se dió la orden de esterminio, y el baron de Oppede fué el encargado de cumplirla. Los valdenses no soñaron siquiera en defenderse;

huyeron. «La expedición, dice un escritor, comenzó el 14 de Abril, por el saqueo de Cadenet. El 16 le tocó el turno á Pepin, La Mothe y San Martin.... Allí los pobres labradores fueron asesinados sin hacer resistencia; sus mujeres é hijas violadas y el estar embarazadas no las libró de la muerte. No contentos con arrancarlas la vida, las mutilaban cortándolas los pechos. A muchos niños los dejaron morir de hambre sobre los cadáveres de sus madres. El baron de Oppede había amenazado con dar carreras de baquetas al que diere alimentos á cualquier miembro de aquella raza maldita.» Las horrores cometidos en aquella infame expedición fueron tan grandes, que nos falta el valor para relatarlos. Cuando los que se habían ocultado enviaron á decir á Oppede que se contentase con su bienes y los dejase retirar á Ginebra, el baron contestó: «Yo os enviaré al infierno con los diablos, á vosotros, vuestras mujeres y vuestros hijos: de tal suerte que no quedare por acá memoria alguna.» Veintidos aldeas valdenses fueron quemadas y el nombre de esta secta desapareció de la Provenza.

Lo que hacía en la Provenza no se atrevía á hacerlo Francisco I, por motivos políticos, en el Piamonte. Sin embargo, en 1533 fueron presos en la garganta de Taning y quemados en Chambery, dos pastores valdenses. El Parlamento de Turin había hecho quemar algunas semanas antes al librero Bartolomé Hector de Poitiers, como *vendedor en el valle de San Martin de libros prohibidos*, procedentes de Ginebra. En 1536 se propusieron ya los católicos franceses convertir á los valdenses piamonteses con la persuasión y la amenaza. El Parlamento de Turin escogió dos de sus miembros para que cumplieran tan difícil encargo, y en efecto, marcharon á cumplimentarlo con numeroso séquito de frailes, clérigos é inquisidores. Los del valle de Perusa huyeron al verlos llegar. En el valle de San Martin publicaron un edicto que no produjo resultado alguno. En Angrogue convocaron á los herejes en sus propios templos y allí les predicaron. Después el presidente les intimó que se hicieran católicos y que entregaran á sus pastores y á sus maestros de escuela; los valdenses dijeron que estaban dispuestos á dejar su religion si se les probaba por la Palabra de Dios que era falsa. Los comisarios recorrieron otros muchos lugares, y en todas partes les sucedía lo propio. Entonces los delegados se volvieron á Turin, y el Parlamento mandó emisarios al rey de Francia, para que le manifestaran los ningunos resultados obtenidos en aquella pacífica escursión. El rey de Francia manifestó que se hiciese entrar por la fuerza en el seno de la Iglesia católica, ya que no querían por la persuasión, á los valdenses; se repitieron los edictos y las amenazas; mandóse que se presentasen en Turin los pastores y los maestros de aquellos valles, los que, temerosos, enviaron una carta en lugar de presentarse ellos mismos: dióse orden para que se los prendiera, y en resumen, como el rey de Francia tenía que hacer algo más que ocuparse de los valdenses, accedió á las súplicas de los cantones suizos y de algunos principes protestantes, y los dejó en paz. Las ejecuciones particulares continuaron sin embargo. Nicolás Sartoire, estudiante, fué quemado vivo; Geofroi Baraille, pastor, murió pronunciando un magnífico discurso que llenó de admiración á sus mismos enemigos, y algunos otros sellaron también su fé con su sangre.

Al cabo de veintiocho años el Piamonte volvió á la casa de Saboya, y una de las cláusulas del tratado de paz que produjo la restitución, fué que se persiguiese activamente la herejía. Al año de haber recobrado Manuel Filiberto el ducado de sus mayores, dió un edicto contra los herejes, en que se imponían penas pecuniarias por la primera vez al que asistiese á las reuniones de los herejes y presidio á la segunda. En otro se impuso la pena de muerte á los que no fueran á misa. La persecución material empezó, y un matrimonio fué la primera víctima de ella. Las comarcas de Meani y de Mathi, en las inmediaciones de Luca, fueron quemadas, y el valle de Barcelonnette lo propio. Los pastores y los principales de los valdenses decidieron reunirse y enviar un memorial al duque, exponiéndole la justicia de su causa. El memorial tardó tres meses en llegar á las manos de aquel, y entretanto continuaron las persecuciones. Hacia fin de Junio Felipe de Saboya y el conde de la Trinidad volvieron al valle de Lucerna y manifestaron que el duque había enviado su memorial al Papa y que esperaba su

respuesta. Dijéronles que cesaría la persecución si dejaban predicar á los sacerdotes católicos; y ellos contestaron que lo harían con tal que aquellos predicasen la Palabra de Dios. Al cabo de mil demandas y mil contestaciones no llegaron á entenderse, y la persecución empezó más viva que al principio.

(Se continuará.)

LA VIDA ETERNA.

PRIMER DISCURSO.

Problema del destino humano.

SEÑORES:

Con frecuencia se fijan vuestras miradas en las orillas de ese hermoso lago que serpentea alrededor de los muros de Ginebra, bañando antes las rizadas faldas de las colinas de Lausanne; y es muy probable que al aspecto de su bulliciosa y alegre población de hoy haya podido ocurrirle á cualquiera de vosotros la idea del silencio que reinaba, allá cuando ningún signo del progreso humano se encontraba en la dirección de sus limpidas corrientes, y cuando todavía sus montañas no habían acariciado el eco dulce de los cantos pastoriles que hoy llevan sus armoniosas notas al través de los elevados Alpes, que erguidos resisten el paso de los siglos sin despojarse de su majestad imponente; pero, ¿habeis contemplado alguna vez lo que serán esos inmensos caseríos que hoy pueblan nuestras campiñas, á la vista de los que nos sucederán en la vida, cuando acaso haya desaparecido todo, y se propongan estudiar nuestra civilización y cultura entre los escombros y ruinas que el tiempo deja en pos de sí, como es ley de naturaleza? En verdad todo cambia, todo se transforma alrededor de esos bordes tranquilos de nuestro riente lago; pero él, como las montañas que lo protegen, no podrán variar jamás su natural existencia. Hoy, como ahora tres mil años, el sol colora sus brumas en los albores de la mañana, y hoy como dentro de tres mil años, si Dios no marca su *hasta aquí* á la obra de la creación, los pálidos resplandores del reflejo vespertino vendrán á estender sobre sus aguas espejadas las sombras de la noche, que llevarán á todas partes la oscuridad, hasta el nuevo día.

Ese contraste tan visible entre el pasado y el presente en el mundo de la naturaleza, también existe en la inteligencia. Cada generación arrastra consigo preocupaciones que no tuvieron otras anteriores, y que pasarán desapercibidas para las que vengan después, pues las ideas que hoy nosotros alimentamos, ciertamente que nuestros antepasados las ignoraban, así como tampoco se nos alcanza á nosotros las que podrán tener nuestros hijos. El mundo científico avanza en sus descubrimientos, la naturaleza presta á la física secretos no investigados hasta el día, y la industria nos admira más y más por sus variaciones y maravillas: no sabríamos decir si también en el orden político encontramos que se perfeccionan las instituciones, pero sí que es un vastísimo campo donde siempre hay innovaciones extraordinarias; todo cambia, todo se muda, menos aquellos problemas sujetos al espíritu, y que son eternos, constantes y permanentes en nuestra alma. De esto, pues, venimos á ocuparnos hoy.

¿A dónde vamos? ¿Por qué estamos en el mundo? Nuestra existencia, ¿concluye en nosotros mismos? ¿Cuál es su objeto? ¿Cuál su legítimo fin? La vida es tan corta, que desde su comienzo tocamos al término de ella. Más allá del círculo en que nos movemos, ¿qué hay? ¿qué nos espera? La pregunta es tan interesante que no podemos descartarnos de ella, porque de continuo nos habla la voz de nuestra alma. Nos distraemos en la vida, porque ese problema nos asusta, y el hombre se dice que lo que importa es vivir. ¡Vivir!.... esto es, seguir con avidez suma los progresos y ventajas de la industria, las especulaciones financieras, los intereses políticos.... ¡Qué importa lo demás!.... Y, sin embargo, aunque la naturaleza inteligente hace por olvidar su destino, hay una lección eterna que le enseña lo fútil de todas sus ambiciones: todo viene á acabar con la muerte. Si, así como los proverbios marcan la sabiduría de las naciones, los cementerios son la escuela del estudio de la humanidad.

¿Quién no se ha hecho estas reflexiones alguna vez? ¿Quién ignora cuán vago es todo lo que nos rodea? Todos se quejan de la vida, tal vez la maldice alguno; pero sucédenos lo que al misántropo de Moliere, que no teniendo otro encanto sino revelar las faltas de su amada, jamás pudo retirarle sus sentimientos de cariño. Si, creemos en la vida, nos complacemos en sus esperanzas y en el prestigio de la fortuna; pero á esta fascinación de nuestros sentidos, es menester oponer una verdad real, es menester decirnos que todo es inconsistente en nuestra propia existencia. El curso de todas las cosas, la nada de la realidad presente, es el origen de los pensamientos más elevados que siempre la poesía, la elocuencia y la razón filosófica, han presentado á la humanidad como una lección sublime de su pequeñez y miseria.

Oigamos á Bossuet:

«Todo sér limitado no es nada, porque lo que se mide tiene un término, y cuando se llega á él, un punto más allá lo destruye como si nunca hubiera existido. ¿Qué vienen á ser cien mil años, si un intervalo corta su duración? Multiplicad los días de vuestra existencia como aquellos ciervos de la fábula que vivieron tantos siglos; vivid tanto tiempo como el roble bajo cuyas ramas reposaron un día nuestros mayores, y á cuya sombra vendrán á acogerse nuestros hijos; reunid cuantos honores y riquezas sean posibles; ¿de qué os servirán si al fin la muerte vendrá á arrebataros con vuestro último suspiro todo ese mundo fantástico de ilusiones que os cercan? De qué os servirá tanto escribir en el libro de la vida, si un solo borron hará ininteligible vuestro trabajo de muchos años? Pero aún eso dejaría algún rastro de lo que hubierais escrito, en tanto que ese último momento que pone término á nuestra vida, irá á confundirse con la nada, sin dejar en pos de sí huella alguna.

¿Qué significa, qué es, pues, mi sustancia? Yo entro en el mundo de la vida para abandonarlo muy pronto; esto es, vengo para desaparecer luego. Todo nos llama á morir; la naturaleza, algún tanto envidiosa del bien que nos ha concedido, nos advierte que no puede dejarnos por mucho tiempo las materias que nos ha prestado, pues debe ser eterna en sus imitaciones, y nos la pide para dar forma á otros seres, para combinar otros cuerpos. Esta renovación continua del género humano, es bastante á instruirnos de una manera elocuente: los niños que nacen, á medida que van creciendo, como que nos empujan de este mundo, diciéndonos: Retíraos; ahora nos toca á nosotros. Y así como hemos visto desaparecer delante de nuestros ojos á aquellos que nos han precedido, así también desapareceremos nosotros á la vista de los que nos sucedan.

Pero aún hay más: ¿qué somos nosotros? Si miramos hacia adelante, ¿qué espacio tan infinito en donde no juega nuestra existencia! Si nuestra vista se fija en el pasado, ¿qué vacío! ¿Cuán imperceptible es el lugar que ocupamos en el abismo inmenso del tiempo! Nada somos: un tan pequeño intervalo en el mundo de la existencia, no es posible que nos dé una realidad consistente.

Y si queremos profundizar más este pensamiento, es preciso atender á que no es la duración de la vida lo que nos distingue de la nada: hay un momento de interrupción que nos separa de ella. Dueños de un instante, desaparecemos al pasar su duración sin enlace á otro instante, y por más esfuerzos que hiciéramos, todo vendría á estrellarse en la imposibilidad de la no existencia. La forma del mundo desaparece y la nada es nuestra subsistencia; todo varía, todo parece como que huye de nosotros, á la manera que los que estamos aquí reunidos nos creemos colocados en una inamovilidad absoluta, y sin embargo, vamos avanzando insensiblemente á una eterna separación.» (1)

En verdad que la naturaleza de nuestra existencia no puede dispensarnos de ocuparnos del porvenir; y aunque fuese completa, bastaría la desaparición instantánea de todos los objetos, y aún la muerte misma, para hacernos reflexionar seriamente sobre nuestro destino.

La experiencia no es ménos instructiva en este punto. Si nos adormecemos en brazos de la indiferencia, no faltan avisos que nos despierten de nuestro sueño. ¿Qué vida hay perfectamente completa? Son tan raras,

(1) Bossuet, sermón sobre la muerte.

que si se halla alguna, puede aplicársele este magnífico verso de la Fontaine:

Nada turba su existencia,
La noche es de un bello día.

(Se continuará).

LA MAÑANA.

Tú, Dios, haces alegrar las salidas de la mañana. (Salmo lxxv, 8.)

I.

Ya la noche se aleja vencida,
Y triunfante la aurora en Oriente
Muestra al mundo ceñida la frente
Con la excelsa corona del sol:
Vida nueva en los nidos arrulla,
Nueva gracia en el céfiro gira.
Todo canta, murmura, suspira,
Canta amores, suspira de amor.

II.

Alas mil acarician del valle
El rocío, las flores, las galas,
Y en el cielo las nubes son alas
Que acarician los rayos de luz:
Alma, vive también y te eleva
Del fervor en el carro de fuego
Con un ¡ay! una lágrima, un ruego,
Mas allá del espléndido azul.

III.

Santo sea el purísimo instante
En que el orbe suspira aquel canto,
¡Santo, santo tres veces Dios santo,
Que Isaías oyó al serafín:
¡Cuánta perla ha caído en las rosas!
¡Cuánto aroma ha subido á las nubes!
Tierra, ¿duermes aún, ó bien subes?
¿O bien bajan los cielos á tí?

IV.

¡Todo amor lo redime y exalta;
Ese sol que soberbio se encumbra
Es el mismo que en densa penumbra
Sus fulgores ayer escondió!
¡Donde anoche pesaba la sombra
Hoy rebosa la espuma del día!
¡Donde ayer una rosa moría
Hoy está titilando un botón!

V.

Lo más bello que tuvo el pasado
Con un lampo de vida futura,
Paraíso del día, alba pura,
Hermanado en tus gracias se vé:
Eco eres de un canto en la cuna,
Y preludio de otro en la gloria
Del Eden que perdimos, memoria
Y esperanza á la par de otro Eden.

MIGAJAS.

«A los santos y hermanos fieles en Cristo que están en Colosas: Gracia y paz á vosotros de Dios Padre nuestro, y del Señor Jesucristo.» (Colosenses, I, 2)

Gracia y paz era lo que deseaba para los cristianos de Colosas el apóstol Pablo; la gracia, es decir, la benevolencia divina en todas sus manifestaciones. ¿Qué se puede desear para los hombres que sea mejor que la gracia? Fuera de ella no hay bien posible. Quien desea para su amigo, para su hermano, para un sér querido otra cosa que la gracia, quizá no sabe que le desea mal.

Con la gracia vá unida la paz; la paz que es

un fruto de la gracia, la manifestación de la gracia. La paz es el nombre de la verdadera felicidad. Todos los hombres tienden á ella; unos por medio del trabajo, otros, triste es decirlo, por medio de sus pecados.

Mas la verdadera paz, aquella de que habla Pablo, se obtiene solo por Jesucristo. La verdadera paz es un don del cielo y la obtienen aquellos que han sido recibidos en gracia, aquellos que agobiados bajo el peso del pecado acuden á Jesús para quedar limpios con la sangre del Cordero sin mancha que quita el pecado del mundo.

«El cual mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros siendo muertos á los pecados, vivamos á la justicia.» (1.ª Pedro, II, 24.)

Vosotros los que solo habeis contemplado hasta ahora las vanidades del mundo, venid y contemplad al Príncipe de la vida que por vosotros muere en una cruz. ¿Qué vale toda la humana sabiduría comparada con la locura de la cruz? Todo el saber que podais atesorar, por más que sea de grande utilidad, ¿borrará uno solo de vuestros pecados? ¿De qué os servirá conocer todos los mundos que pueblan el espacio, medir su carrera y apreciar su volumen, si la estrella brillante de la mañana no se ha levantado en vuestro corazón? ¿Qué ganarás con saber las acciones de todos los hombres ilustres, si aún no te has aplicado á la historia de tu Redentor espirando sobre el madero infame? Nada, absolutamente nada: á pesar de tu saber profundo y de tus grandes riquezas, eres un pobre pecador que no puede presentarse en juicio delante de Dios.

Pero si conoces á Cristo, si has muerto con Él al pecado y con Él has resucitado á la justicia, todo cambia de aspecto para tí; eres ya hijo de adopción, heredero de Dios, coheredero con Cristo; para tí es la gloria y su eterna felicidad. El apóstol Pablo lo sabia cuando aseguraba que «no queria conocer más que á Jesucristo, y á éste crucificado.»

Esta es la vida eterna, que te conozcan á tí, verdadero Dios, y á Jesucristo á quien has enviado.

«Así también vosotros, cuando hubiéscis hecho todo lo que os he mandado, decid: Siervos inútiles somos; porque lo que debíamos hacer hicimos.» (Lucas, XVII, 10.)

El ideal propuesto al cristiano es la perfección absoluta. «Sed perfectos como vuestro padre que está en los cielos es perfecto» decia Jesús á sus discípulos. El santo más santo nunca hará más de lo que está obligado á hacer, puesto que Dios le ordena que lo haga todo. Suponiendo que llegara á la perfección absoluta, lo que es imposible, ningún mérito tendría: no habria hecho más que cumplir con su deber. Luego no puede legar á la Iglesia méritos que no tiene, y por consiguiente, las indulgencias de Roma que se apoyan únicamente en ese exceso de santidad de sus hombres, son falsas, absolutamente falsas.

EL RICO DE LA PARÁBOLA Y LÁZARO.

(Leáse Lucas, xvi, 19 á 31.)

Nuestro grabado representa á dos tipos bien conocidos de los lectores del Evangelio: Lázaro y el hombre rico. ¡Qué contraste entre la vida de ambos! El uno

siempre vestido de púrpura y de lino fino daba banquete todos los días; el otro se contentaba con las migajas que caían de la mesa del rico, y aun así y todo, dudamos que las obtuviera. ¡Qué contraste también entre la muerte de ambos! Al uno se le harían funerales espléndidos; el otro no los tuvo, de seguro; pero los ángeles llevaron su alma al seno de Abraham.

El crimen del rico no es otro que la existencia de ese pobre Lázaro acostado á su puerta, cubierto de llagas y desprovisto de todo socorro humano. Todo contraste social bajo el punto de vista de la fortuna, de la instrucción y aun de la piedad, lo permite Dios porque quiere su neutralización por medio de la actividad humana. Ese es el mejor modo de formar en la tierra esos lazos de amor, que un día deben encontrarse en el cielo. Despreciar este gran principio, es prepararse para la vida futura una existencia análoga á la del mal rico, del rico sin entrañas que veía á su puerta la extrema indigencia sin endulzarla de ningún modo.

La riqueza no es el crimen del rico, puesto que Lázaro vá al seno de Abraham, el hombre más rico de Israel; y la pobreza no es la causa de la salvación de Lázaro; la verdadera causa es la que significa su nombre: *Dios es mi ayuda*.

La escena de ultra-tumba ofrece un contraste correspondiente al de la vida terrestre. No nos detendremos á examinar lo que en ese cuadro debe tomarse en sentido propio ó en sentido figurado. Las realidades de la vida futura no pueden espresarse sino por figuras; pero esas figuras figuran algo.

El rico pide por él sin resultado alguno; pide luego por sus hermanos y tampoco obtiene lo que desea. *A Moisés y á los profetas tienen: oiganlos.*

Cristo nos enseña por boca de Abraham que lo firme, lo sólido es la palabra de Dios. Moisés y los profetas han sido doctores instituidos por Dios para que los hombres de todos los siglos ajusten su vida á sus enseñanzas, que son doctrinas divinas. Aquel á quien la ley, las profecías y el Evangelio no convenzan de pecado y le enseñen el camino de la salvación, es inútil que pida prodigios y sea testigo de milagros; la venida de un muerto no le convencería. La conversión no se opera á fuerza de prodigios, sino por la gracia de Dios y el consentimiento del pecador.

Pidamos á Dios que nos purifique para que con docilidad escuchemos sus palabras y vivamos conforme á su santa voluntad.

¡PERDONA, SEÑOR!

¡Señor que del pecado
Y no del pecador la muerte quieres:
Yo te confieso errores mis placeres,
Bruto mi amor pasado,
Loco mi devaneo,
Desenfrenado todo mi deseo.
Ves aquí tu ovejuela distraída:
Recójela, Pastor, fuente de vida:
Perdona sus errores,
Pues llora de dolor y no de amores!

PEDRO SOTO DE ROJAS.

HAZ BIEN Y NO MIRES A QUIEN.

Cierta madre cristiana tuvo noticias de que en la misma población donde ella vivía se encontraba un joven pagano, y sin vacilar concibió el proyecto de recibirle en su casa y de ganarle, si posible era, para Cristo.

Algunos de sus amigos y aun su propio esposo, procuraron disuadirla de su propósito, pero ella replicaba siempre: tratemos á este pobre muchacho como nosotros quisiéramos que trataran á nuestro hijo en idénticas circunstancias. También él puede encontrarse en países extranjeros y necesitar ayuda.

Pasó algún tiempo. El joven idólatra abandonó su casa adoptiva donde había conocido y aprendido á amar á Cristo, y se fué á su país para anunciar el Evangelio á sus compatriotas.

Algunos años después las vicisitudes de la vida lle-

varon al hijo de la buena madre cristiana al país del antiguo idólatra, y en su antiguo hermano de adopción encontró influencia, posición y recomendaciones para los hombres más importantes de aquel pueblo.

Las palabras de la madre se cumplieron: su hijo se encontró en lejanas tierras, y fué tratado como ella trató en un tiempo al joven idólatra.

Haz bien y no mires á quien; no mires sino á Dios que te ordena hacerlo en todas las circunstancias y en todos los momentos.

PUEBLO, APRENDE.

Pueblo herido, magullado, pisoteado, aprende.

Cada día recibes una lección nueva y cada día la olvidas. Por la noche ya no te acuerdas de lo que has llorado por la mañana.

Te llamas católico y haces bien. Tu desgracia es tu catolicismo.

Cuando en el domingo oigo la campana que toca á misa y veo á las mujeres apresurarse para ir á oír, me digo: «Ahí van las mártires de un error.»

Porque ellas son mártires de sus curas, de sus cirios, de sus ayunos, de sus penitencias.

Pueblo, tu desgracia no está en los hombres que te gobiernan, sino en tus propios errores.

Un error hace más daño que una generación entera de tiranos.

Perturba el entendimiento, vicia el corazón y corrompe la sociedad toda.

Las costumbres se forman con arreglo á él y se come y se bebe y se rie y se duerme con arreglo á aquel error.

¡Qué tristeza dan los pueblos católicos!

Sus hijos no saben leer, sus mujeres son vanidosas é ignorantes.

No se acuerdan más que del cura.

Y el cura es su castigo y su infierno.

El cura las aterra y las amedrenta en nombre de Dios: las confiesa y las tiene siempre como suspendidas sobre las llamas del infierno; las condena si le viene bien y las salva cuando le conviene.

Es un juglar de las cosas eternas.

Dispone de su alma por sus doctrinas, de su cuerpo por sus maceraciones.

Mujer, resucita.

¿Quieres ver á Dios, mujer de mi patria? Mira á lo alto, haz por verle entre las nubes, detrás de las nubes.

No está en el sagrario del templo, no. Aquello no es más que una hostia de harina amasada para simular un misterio más en una religión de misterios.

¿Quieres ver á Dios? Si eres pura y crees, búscalo en tu alma; á veces su cielo es un corazón.

¡Templo del espíritu! ¡Soberana morada de Dios que eres como la lámpara de ese templo, brilla en todas las almas, arde en todos los corazones!

¡La hora de las ánimas! Tocan; ¿dónde vas, mujer?

¿A rezar por tu marido?

Llora por él en tu casa y ora por ti siempre.

Es una sombra querida; ya no es más para tí; tus oraciones se las dice al viento: á él nada le aprovechan.

¿Y esos cirios y esas velas?

Arderán delante de un santo de madera y allí se consumirán nécea é inútilmente.

¡Ah, y se mueren tantas familias de hambre!

Mujer, ¿no ves ese niño haraposo que te pide pan?

¡Cómo clama! Lleva los pies desnudos, vá aterido de frío.

¿No le alargarás la mano? ¿No pondrás en la suya esas monedas que ibas á dar á tu cura para las ánimas del purgatorio, es decir, para su propio bolsillo?

Mujer, tú eres la sacerdotisa de tu alma, y no necesitas sacerdote. Esos hombres negros tienen la historia llena de sus usurpaciones y de sus miserias.

Su templo es un mercado. No quieren á Jesucristo si no se les presenta bajo la forma de un Crucifijo de oro ó de plata.

¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?

UNO DE TANTOS.

Negros los ojos tenía;
La tez blanca y trasparente;
Llevaba escrito en la frente
El fuego que en su alma ardía.

Breves y locas pasiones
Muertas apenas nacidas,
Risueñas horas perdidas
Entre nubes de ilusiones.

Cánticos, danzas y juego,
Terminado allá á la aurora,
Y ni siquiera una hora
Para el preciso sosiego,

El alma siempre sumida
En vida desenfrenada,
Por la mañana gastada
Y por la noche perdida,

Tal era; más luego, luego
Que perdiendo sus colores,
Le pasó lo que á las flores
Que abrasa del sol el fuego.

Y en día terrible, tras
Exceso terrible hecho,
Se tendió sobre su lecho
Y no se levantó más.

Y en una mañana clara,
Que á esto lleva tanto yerro,
Pasó un silencioso entierro
Sin que nadie le mirara.

En pago de tal reir,
A la tumba fué á llorar;
Que se empieza por gozar,
Y se acaba por morir.

Esta historia tan sencilla
Es la de muchos la historia;
Brilla el astro en su victoria
Y se extingue apenas brilla.

Ejemplo tan salvador
No hay que dejarle perder,
El límite del placer
Es la puerta del dolor.

Vida, paz, sosiego, calma;
Solo se encuentran en Cristo;
¡A cuántos hombres he visto
Con la paz de Él en el alma!

A. SANCHEZ DEL REAL.

CÓMO DIOS CONTESTA Á LA ORACION.

A una pobre mujer inglesa, le fué arrebatado su marido después de una larga enfermedad, no dejándola otra cosa de valor, sino una gran caja de herramienta.

A poco tiempo de haber sido enterrado el marido, cierto vecino, de no muy buen carácter, presentó á la viuda una cuenta, importe según manifestó, de obra hecha al finado.

Aquel trabajo había sido pagado por su esposo, según constaba en la cuenta recibida, y de lo cual la viuda se acordaba perfectamente; mas de nada la sirvió afirmar el hecho, no pudiendo presentar recibo que lo justificase. Era forzoso pagar la cuenta de nuevo y la pobre mujer dirigía angustiosas miradas sobre la caja de herramienta. En este apuro, grande en verdad, la viuda se retiró á orar «al Padre de las viudas,» pues todo esfuerzo hecho para encontrar el perdido recibo, fué vano.

Mientras oraba, una mariposilla entró por la ventana de la habitación, y viéndola un pequeño niño, hijo de la viuda, la persiguió hasta que el animalito se ocultó detrás de la caja de la herramienta.

A los pocos momentos volvió la madre, y el niño la rogó que levantara la caja, y como pesase mucho el vecino se brindó á removerla.

Apenas separada la caja algunas pulgadas de la pared, se vió asomar un trozo de papel; cogióle la viuda y halló ser la cuenta extraviada, y que justificaba el pago de la obra hecha á su esposo.

El vecino se retiró confuso y avergonzado despues de confesar su pecado, y la viuda llena de gozo, se postró para dar gracias á Dios por que habia respondido á su oracion por medio de una mariposa.

REMITIDO.

HUELVA 31 DE OCTUBRE DE 1872.

Señor Don A. C.

Mi apreciable amigo: Vd. extrañará no le haya enviado la memoria como está ordenado en el Código de disciplina, pero circunstancias particulares me han impedido hacerlo. Lo que sí puedo decirle hoy, hasta que le pueda dar pormenores de la obra del Señor en esta, es que aunque lentamente, marcha, y que varias personas han ingresado en la iglesia últimamente.

Con respecto á la escuela de niñas, marcha todo lo bien que podíamos esperar. Caballeros y señoras inglesas que la han visto han quedado muy contentos, y ha habido una señora que ha dicho que no habia visto una escuela como esta. Todas estas personas se han interesado para que la escuela tenga las cosas necesarias, que antes no tenia, porque nosotros no podíamos comprarlas. Muchas penas y fatigas nos ha costado establecer las escuelas y una iglesia, pero gracias á Dios hemos podido conseguirlo, y lo que se ha establecido tiene ya un firme fundamento.

Sin más por hoy, reciba Vd. los afectos de este su amigo y hermano en el Señor,

PABLO SANCHEZ RUIZ.

NOTICIAS VARIAS.

En Baviera, donde el partido ultramontano esperaba encontrar un seguro refugio contra las persecuciones de que es objeto en Prusia el jesuitismo, y que habia conseguido del rey que diese encargo de formar ministerio á un personaje de ideas ultra-católicas, han tenido una entrevista el ministro de Cultos y el conde Fugger, jesuita. En ella ha declarado el ministro bávaro que el Gobierno del rey de Baviera, á ejemplo del Gobierno imperial, desplegará un gran rigor contra los jesuitas y las corporaciones afiliadas. En el número de estas últimas aludió el ministro á la orden de los Capuchinos.

¡Tanto los van conociendo que ni sus mismos adeptos los quieren!

En estos últimos días ha aumentado el número de reuniones religiosas que se celebran en casas particulares. Además del culto en la calle de Velarde, del que ya hemos hablado en algunas ocasiones, el evangelista Sr. Gonzalez celebra uno cada semana en la calle de San Hermenegildo, otro en la calle de San Lúcio, número 20, y otro en la calle de Cisneros, 3, principal. El auditorio se compone en cada uno de ellos de 20 á 30 personas. El evangelista D. Eduardo Castro, un tanto restablecido de su larga y penosa enfermedad, predicará, según se nos ha asegurado, en alguna de esas reuniones.

Es inútil que digamos con cuánto agrado vemos los esfuerzos que algunos cristianos hacen para estender el Evangelio de Cristo.

Hemos recibido el programa de las reuniones de oración que se han de celebrar en todo el mundo cristiano

en la primera semana del año entrante. En uno de nuestros próximos números lo publicaremos, como hemos hecho en años anteriores.

El pastor de la iglesia del Redentor, D. Antonio Carasco, ha sido invitado por el Comité central de la Alianza Evangélica americana para asistir á las conferencias que se celebrarán en New-York el año próximo venidero. Parece que nuestro amigo asistirá á esas conferencias si, como espera, encuentra á quien dejar encomendada la direccion de la iglesia del Redentor.

En Suiza, como en Alemania, continúa la lucha de falibilistas é infalibilistas, ocurriendo cada dia conflictos de mayor ó menor consideracion entre la autoridad eclesiástica y el poder civil.

El obispo de Basilea (Suiza) acaba de desposeer de sus funciones á un cura, viejo católico de su diócesis; pero como en el canton de Soleure los eclesiásticos no dependen únicamente de los obispos, el Gobierno ha anulado la decision del prelado, medida que ha acogido el pueblo con públicas demostraciones en pró del sacerdote desposeido.

El expendedor de libros religiosos D. Manuel Casas, nos escribe que el Evangelio es muy bien recibido en algunos pueblos de la provincia de Cádiz que recorre en estos momentos, cuales son Villamartin, el Bosque y otros. En muchas casas le llamaban para suplicarle que anunciara la Palabra de Dios, y en casi todas ellas le compraban Biblias y Nuevos Testamentos.

Recomendamos á nuestros hermanos que se acuerden en sus oraciones de esos decididos evangelistas que con tanto trabajo, y á veces con tanto peligro, van sembrando por España la divina palabra de Cristo.

Parece que se trata en Holanda de traducir y reimprimir la bula de Clemente XIV que declara á los jesuitas una orden peligrosa para el Estado y para la Iglesia.

Esa era opinion del Papa infalible Clemente XIV. Pero otro Papa infalible, Pio IX, cree que los jesuitas son buenos, los llama cerca de su persona, los mimas y les confía, puede asegurarse, la direccion de la Iglesia romana.

Pues á pesar de todo eso los Pontífices romanos son infalibles!

Nuestros lectores tienen conocimiento del ruido que han hecho los católicos con motivo de la famosa peregrinacion á Lourdes. Su número, decian, se ha elevado este año á 400.000, y esto prueba la vitalidad del sentimiento católico.

Pues bien, hay un medio de comprobar el número y ese medio ha demostrado que la noticia era exagerada. La compañía del ferro-carril del Mediodía solo ha recibido 6.434 billetes, contándose en ellos los de los curiosos. Los 400.000 peregrinos quedan reducidos á unos 5.000, y eso es todo. En cualquiera Asamblea protestante extraordinaria, se reúne un número más considerable de personas.

Ha inaugurado sus tareas en Cartajena el colegio evangélico fundado por el pastor Sr. Orejon, con el título de *Colegio evangélico-cartaginense*. En él se explica latin, geografia, historia, francés, inglés, retórica y otras asignaturas. Tambien se admiten internos. Damos el parabien á nuestro amigo por los trabajos que realiza en esa ciudad; creemos que ese colegio dará buenos resultados cristianos y exhortamos á su director el señor Orejon, á que prosiga con nuevo ardor sus tareas, que Dios las bendecirá y darán prósperos y abundantes frutos.

La Alianza Evangélica ha celebrado algunas sesio-

nes en Ginebra á fines de Setiembre. No era esta reunion general, y sin embargo han acudido á ella cristianos de diferentes puntos de Europa. Uno de los oradores, Mr. Cohen Stuart, ha hecho la historia de una iglesia católica que existe en Holanda, separada de Roma, excomulgada por Roma, y vulgarmente conocida con el nombre de Iglesia jansenista. El nombre que reclama esa iglesia, es el de antiguo clero episcopal, y sus ideas son parecidas á las que exponen los viejos católicos.

El número de sus adherentes es de seis á siete mil, divididos en veinte y cinco congregaciones, bajo la direccion de un arzobispo y dos obispos.

Es poca cosa en comparacion de la grande Iglesia romana; pero como el número solo no constituye la fuerza, es muy posible que al fin triunfen esos viejos católicos, si como es de desear, abandonan toda tradicion que no tenga su apoyo en la Palabra de Dios, y combaten con esta fuerte y gloriosa espada que tantos triunfos ha alcanzado en el transcurso de los siglos.

La Sociedad Abolicionista, de acuerdo con el Fomento de las Artes, piensa dar una série de conferencias de noche, sobre «la libertad del trabajo.»

Varios son los oradores inscritos que se han de ocupar de tan importante asunto, contándose entre ellos algunos tan conocidos como los señores Sanromá, Labra, Vidart y Rodriguez (Don Gabriel).

Recomendamos á nuestros lectores de esta capital, la asistencia á estas conferencias.

Las Iglesias cristianas han perdido á uno de los hombres mas eminentes del protestantismo, al doctor Merle d'Aubigné, conocido en todo el mundo por su tan famosa «Historia de la Reforma» cuyos dos primeros tomos están traducidos al español.

Ayer lloraban al conde de Gasparin, al cristiano amable de elevado carácter, al ardiente defensor de la separacion de la Iglesia y del Estado, al decidido partidario de la abolicion de la esclavitud y de todas las ideas generosas; hoy, al profesor grave, al historiador ilustre, al cristiano austero que sabia atemperar su severidad con una candidez de niño.

Ambos han sido obreros fieles y hoy están gozando de la gloria de su Señor.

En el lugar correspondiente encontrarán nuestros lectores un artículo primero de una série que vamos á publicar con el nombre de «Vida Eterna.» Son unos discursos pronunciados en Ginebra y Lausana por un orador eminente; Mr. Ernest Naville, y traducidos para LA LUZ al castellano, con el consentimiento del autor.

De *La Correspondencia de España* correspondiente al jueves 44 del actual, tomamos el siguiente suelto:

Anoche llamaba la atencion en la novena de Nuestra Señora de la Fuencisla, que se celebra en Santiago, un ministro protestante bastante conocido en Madrid.

La numerosa concurrencia que, como siempre, acudió á oír al distinguido orador sagrado Sr. Rivero y Palma, no dejó de observar las muestras de recogimiento y devocion que el referido ministro hizo ostensibles, en tanto que permaneció en el templo, oyendo el elocuente discurso del canónigo de Badajoz.

Eso de que llame la atencion que una persona decente esté con compostura en una casa extraña, es una idea peregrina. Cuando á un protestante se le ocurre visitar un templo católico, ya sea para presenciar las ceremonias del culto ó para oír una palabra elocuente, no olvida el respeto que se debe á toda creencia, y no es extraño que dé muestras de recogimiento. Lo contrario acaece, por desgracia, á muchos católicos que asisten á los cultos protestantes, para burlarse de las doctrinas que en ellos se predicán, y promover escándalos que más de una vez hemos denunciado en las columnas de nuestro periódico.

Pero ¿cómo ha de ser! alguna diferencia tiene que haber entre un católico romano y un protestante.

MADRID: 1872.

Imp. de J. M. Perez, Corredora Baja de San Pablo, núm. 27.